

La Cultura No Puede Esperar

En la reunión que hubo a fines del año 1996 en el Congreso Nacional, a la cual fuimos invitadas muchas personas de la vida cultural, varios de los que intervinimos concluimos en que más allá de una nueva institucionalización de las actividades culturales del Estado, era extremadamente urgente apagar algunos incendios.

Coincidimos plenamente mi colega Juan Pablo Izquierdo y el suscrito en que en el caso de la música la emergencia era inmediata. En efecto, se han formado excelentes músicos en Chile, quienes incluso gracias a la Fundación Andes y otras instituciones muy dignas han podido efectuar estudios de posgrado en Estados Unidos o Europa. Dichos músicos no tienen en este momento un trabajo en Chile y la solución al problema de su cesantía es muy importante para nosotros.

Existen en la actualidad menos orquestas rentadas que a comienzos de la década de los '70, en la que había orquestas rentadas en forma permanente, de cámara o sinfónica, en La Serena, Valparaíso, Valdivia y otros lugares. Dichos conjuntos en este momento no existen y solamente contamos para nuestro país, de cerca de 14 millones de habitantes, con la Orquesta Filarmonica del Teatro Municipal, Orquesta Sinfónica de la Universidad de Chile, Orquesta de Cámara de Chile de la División de Cultura del Ministerio de Educación, Orquesta Clásica de la Universidad de Santiago, Orquesta de Antofagasta, que tiene remuneraciones muy bajas, y Orquesta Sinfónica de la Corporación del Bío-Bío, que no alcanza a ser una orquesta sinfónica completa por falta de recursos económicos.

Todas las orquestas chilenas tienen graves carencias en materia de infraestructura, de personal y su nivel de remuneraciones como regla general es muy insatisfactorio; por otra parte, si hay menos orquestas que hace dos décadas hay muchos más músicos profesionales calificados que han sido formados en las principales universidades del país. Cuando iniciamos el Programa Nacional de Orquestas Juveniles en 1992, las autoridades hablaron de la necesidad de una orquesta profesional en cada una de las regiones del país, a la cual se llegaría a través de la formación de orquestas juveniles. Han pasado cinco años y el programa después del impulso inicial ha recibido muy modestos aportes del sector público.

¿Debemos esperar que el área privada acuda en nuestra ayuda en esta materia? Nuestra respuesta después de trabajar una vida entera en esta actividad es que el área privada apoya y puede apoyar actividades artísticas que en alguna forma benefician a la entidad donante o con una publicidad directa o con lo que se ha llamado refuerzo de imagen; no es éste el caso de las orquestas sinfónicas ni menos aún de aquellas situadas en lugares alejados del centro del país.



Hoy existen menos orquestas rentadas que a comienzos de la década de los '70, en la que había orquestas rentadas en forma permanente, de cámara o sinfónica, en La Serena, Valparaíso, Valdivia y otros lugares.

Creemos que el Estado tiene un deber ineludible en sostener conjuntos artísticos estables al igual que tiene deberes vinculados con la salud y la educación de la población. En todos los países civilizados esto ha sido entendido. Debemos cosas muy importantes al apoyo de la empresa privada; sin embargo, su función primordial no es en ningún caso sostener estas actividades sino que colaborar con ellas en la medida de sus posibilidades.

Debemos recordar que en el siglo XIX

El Estado tiene un deber ineludible en sostener conjuntos artísticos estables al igual que tiene deberes vinculados con la salud y la educación de la población

el norte del país con el auge del salitre permitió una vida muy rica en manifestaciones líricas. Compañías de ópera venían a Chile, visitaban el norte y realizaban funciones de ópera que eran pagadas por el público y por los empresarios de la época. La temporada concluía, se iban de Chile desde las primeras figuras hasta los porteros y a nosotros no nos quedaba nada. Como excepción tenemos el hermoso Teatro Municipal de Iquique, sobreviviente de esa época, como una muestra casi única. Igualmente, cuando fui el año pa-

sado a Punta Arenas pregunté por las orquestas y músicos de la ciudad y me encontré con que no existían; lo mismo ocurrió en Valparaíso, ciudad en que después de una importante actividad durante el siglo XIX no quedó ni siquiera el Teatro Victoria, que después de ser dañado por un terremoto fue demolido. De la misma manera las notables colecciones de instrumentos musicales que poseía la familia Antoncich y otras, colecciones que eran un orgullo para Chile, fueron rematadas y los instrumentos naturalmente abandonaron el país sin que las autoridades tuvieran ninguna reacción al respecto.

En resumen, se ha producido un grave deterioro con el progresivo desapego a las actividades artísticas y a la orfandad en que han quedado muchos de nuestros importantes intérpretes. Podría citar innumerables casos que refuerzan lo aquí señalado; sin embargo, prefiero abstenerme, ya que muchos de ellos evocan dolorosas situaciones para sus protagonistas, muchos de los cuales todavía viven.

Paralelamente a la actividad que he mencionado en el siglo pasado se creó un culto importante a los grandes artistas que triunfan en el extranjero. Recuerdo mi sorpresa en 1969 cuando tuve participación en la venida a Chile del Trío Stern, Istomin, Rose. Mi recomendación era no traerlos porque podrían ocasionar una severa pérdida a los organizadores del concierto. Allí aprendí una lección imborrable: las entradas se agotaron para la única función, en el Teatro Municipal, en la primera hora de venta. En Chile tenemos una gran consideración hacia pianistas, violinistas y directores de orquesta cuyos apellidos sean de origen germánico, ruso o algo parecido. Nunca han tenido en Chile el éxito que se merecen notables artistas que para su mala fortuna tienen apellidos de origen español. Ellos producen a nuestro público la más absoluta indiferencia. Recuerdo el caso del principal violinista chileno, que cuando fue a casarse el sacerdote le preguntó qué hacía en la vida y él le respondió: toco el violín. El padre le dijo: no le pregunto cuáles son sus hobbies sino que en qué trabaja. Las consideraciones presentes podrían llenar páginas y páginas de hechos, algunos muy pintorescos y otros muy tristes; sin embargo, aquello que es vital es el hecho de tener una juventud preparada y que está esperando que nuestra sociedad le otorgue las oportunidades que merece. No podemos bajo ningún concepto ni de orden moral ni de orden práctico dejar que dichas personas se frustren en forma permanente. Bastantes taxis hay en Chile con personas de las más diversas ocupaciones; no aumentemos aún más su número con los músicos desempleados.

Fernando Rosas